

LOS LOBOS
DE LA
PARED



ESCRITO POR
NEIL GAIMAN
ILUSTRADO POR
DAVE MCKEAN



Lucy
se paseaba
por la casa.

Dentro de la casa todo estaba en silencio.

Su madre estaba embotando mermelada
casera en tarros.

Su padre estaba en el trabajo,
tocando la **tuba**.

Su hermano estaba en el salón
jugando con los **videojuegos**.





Lucy oyó unos ruidos.
Los ruidos salían
de las paredes.

Eran
ruidos nerviosos
y ruidos bulliciosos.

Eran
ruidos crujientes
y crepitantes.

Eran
ruidos
secretos,
furtivos,
chasqueantes.

Lucy

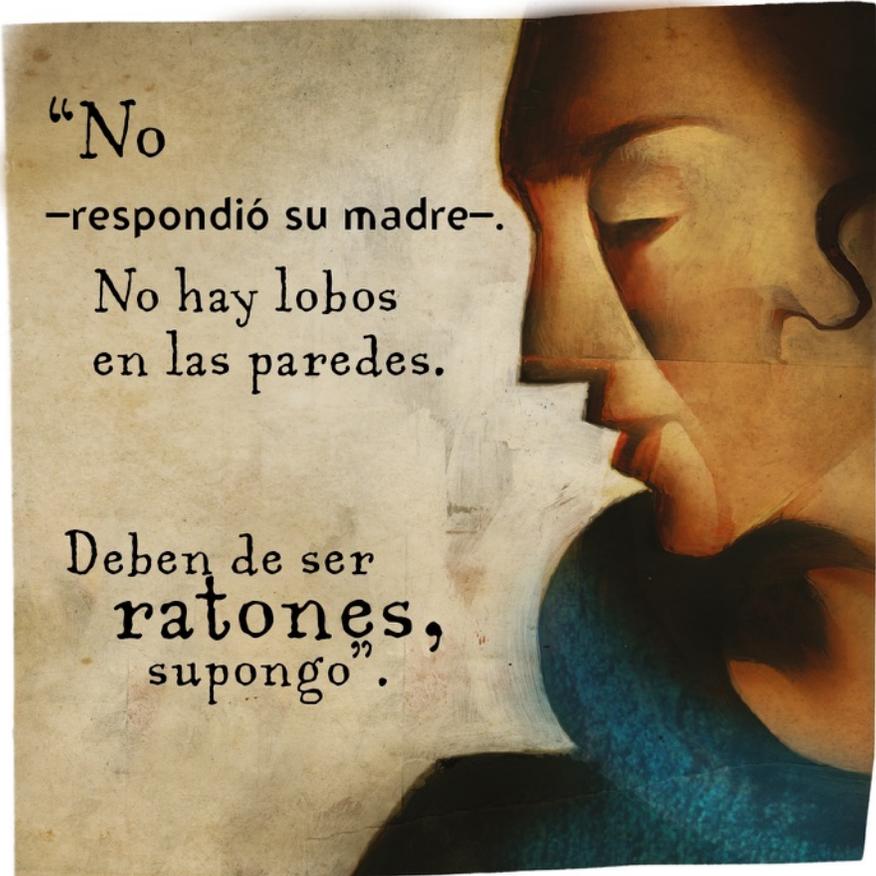
sabía qué era

lo que hacía esos ruidos en las paredes
de las casas grandes y viejas,
y fue a decírselo a su madre.

“Hay lobos en las paredes
—le dijo Lucy a su madre—.

Los
estoy
oyendo”.





“No

—respondió su madre—.

No hay lobos
en las paredes.

Deben de ser
ratones,
supongo”.

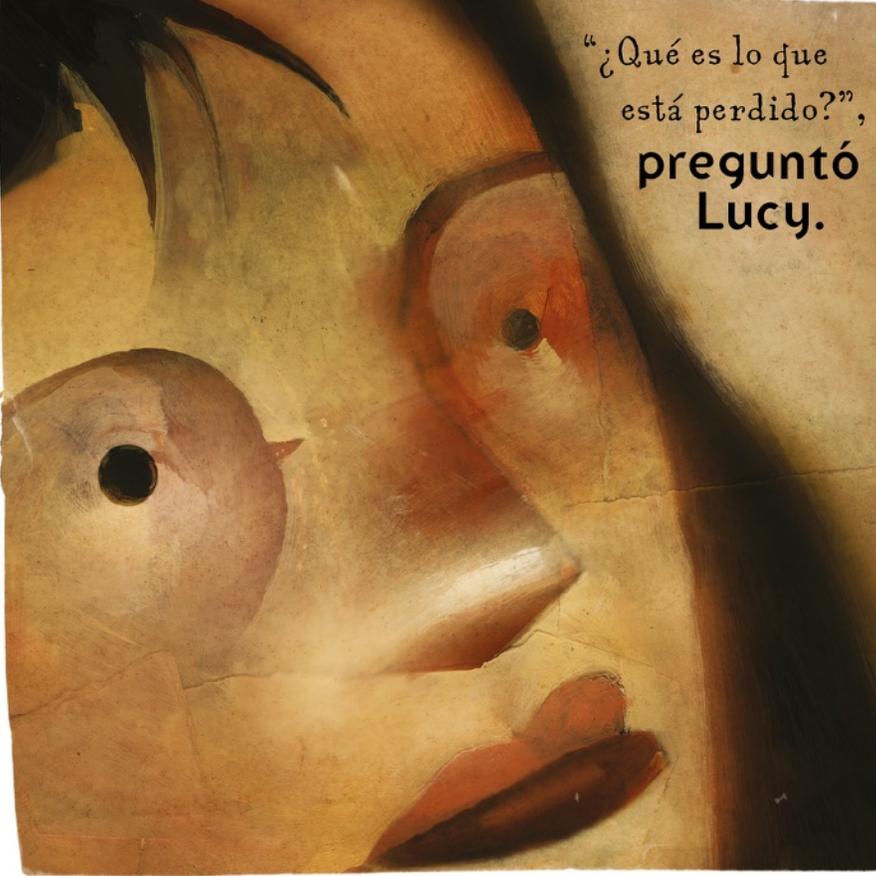


“Lobos”,
dijo Lucy.

“Estoy segura de
que no son lobos
—respondió su madre—.

Porque ya sabes
lo que dicen...

Si los lobos
salen de las paredes,
todo está perdido”.



“¿Qué es lo que
está perdido?”,
preguntó
Lucy.



“Eso

—respondió su madre—.

Todo el mundo
lo sabe”.

Lucy cogió su cerdito de peluche
de cuando era
una niña muy muy pequeña.

“No creo que
sean ratones”,

le dijo al cerdito de peluche.



En medio de la noche, cuando todo estaba en silencio,
**Lucy oyó arañazos y dentelladas,
mordiscos y disputas.**

Oía a los lobos en las paredes, tramando conjuras lobunas,
maquinando ardides lobunos.



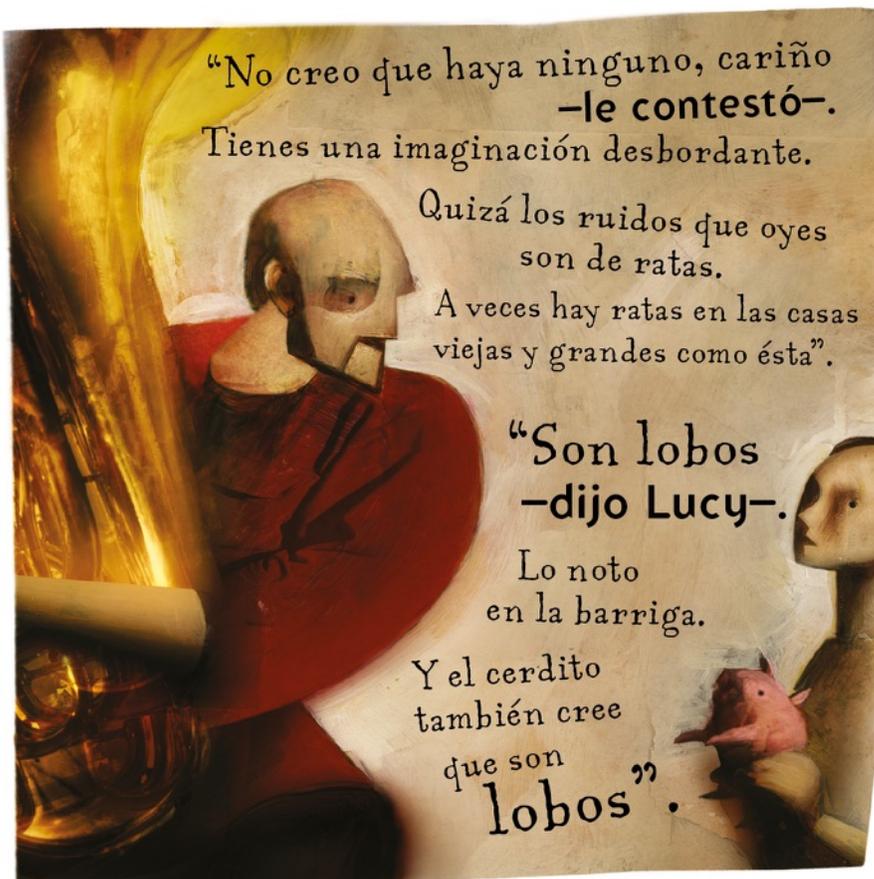
A painting on aged, textured paper. On the left, a man in a red shirt is playing a large, golden tuba. On the right, a young girl with dark hair in a ponytail, wearing a white t-shirt, holds a pink piggy bank. The background is a mix of warm, earthy tones with some abstract shapes. The text is overlaid on the right side of the painting.

Al día siguiente,
Lucy notó que unos ojos la observaban
desde las grietas
y los agujeros de las paredes.

La miraban desde los ojos
de los cuadros.

Lucy fue a decírselo a su padre.

“Hay lobos
en las paredes”,
le dijo.



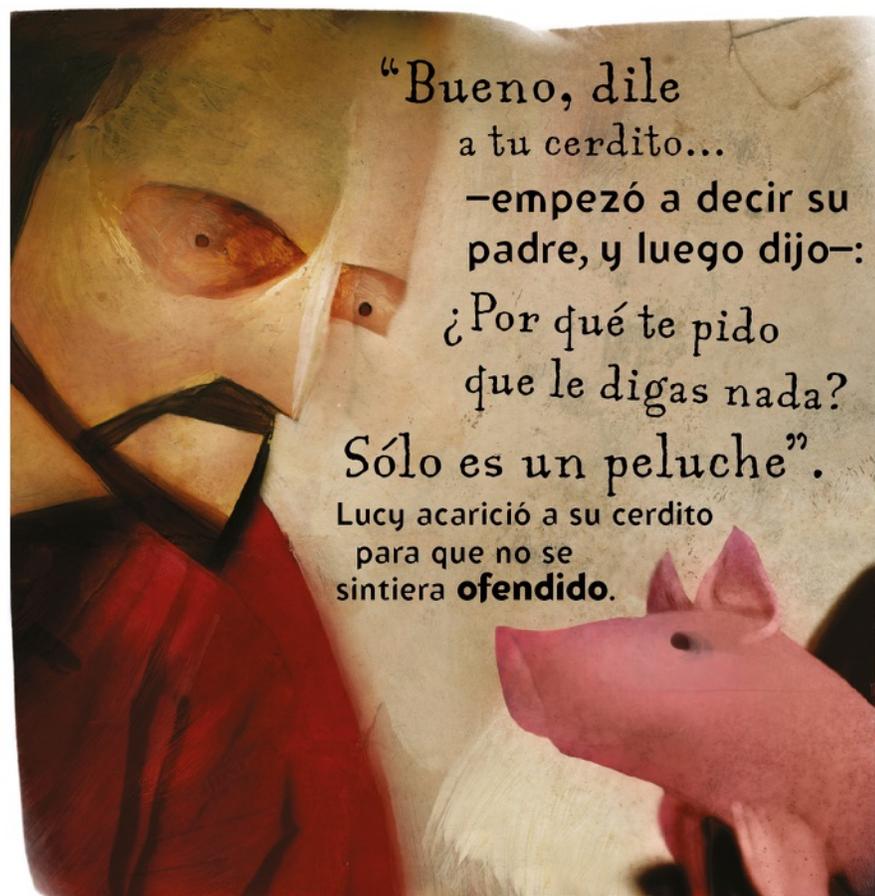
“No creo que haya ninguno, cariño
-le contestó-.
Tienes una imaginación desbordante.

Quizá los ruidos que oyes
son de ratas.
A veces hay ratas en las casas
viejas y grandes como ésta”.

“Son lobos
-dijo Lucy-.

Lo noto
en la barriga.

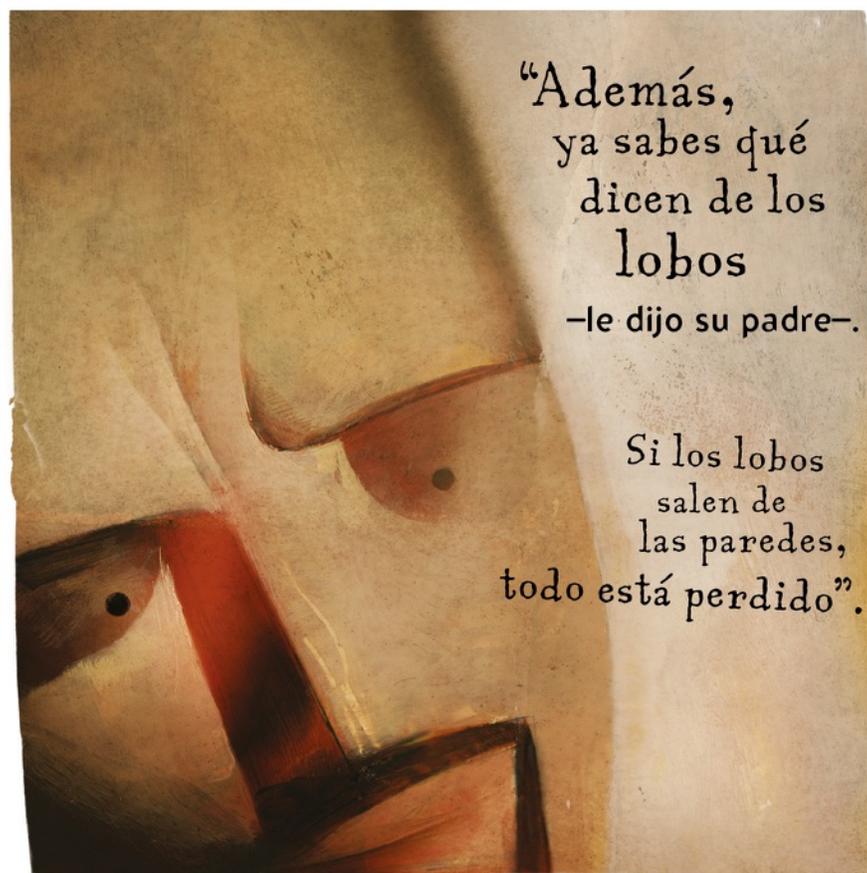
Y el cerdito
también cree
que son
lobos”.



“Bueno, dile
a tu cerdito...
-empezó a decir su
padre, y luego dijo-:
¿Por qué te pido
que le digas nada?

Sólo es un peluche”.

Lucy acarició a su cerdito
para que no se
sintiera **ofendido**.



“Además,
ya sabes qué
dicen de los
lobos
-le dijo su padre-.

Si los lobos
salen de
las paredes,
todo está perdido”.



“¿Quién dice eso?”,
preguntó **LUCY**.

“La gente.
Todo el mundo.
Ya lo sabes”,
respondió su padre,
y continuó
ensayando
con la tuba.



Lucy estaba haciendo un dibujo cuando volvió a oír los **ruidos**,

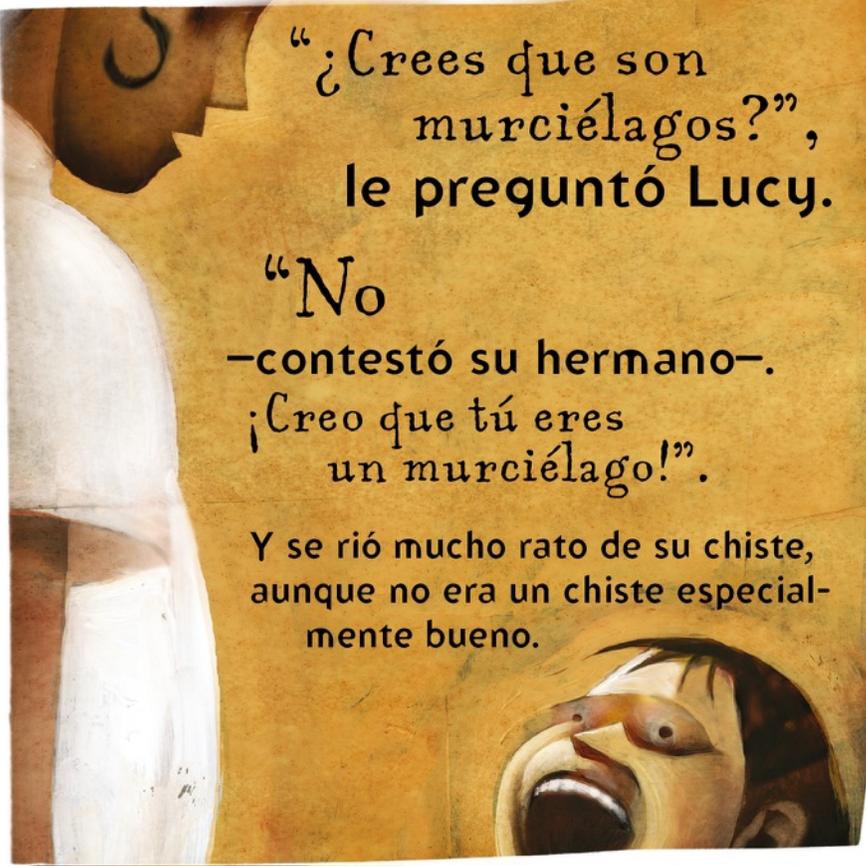
un arrastrar,
farfullar
y repiquetear
en las paredes.

“Hay lobos
en las paredes”,

le dijo a su hermano.

“Son murciélagos”,
contestó él.

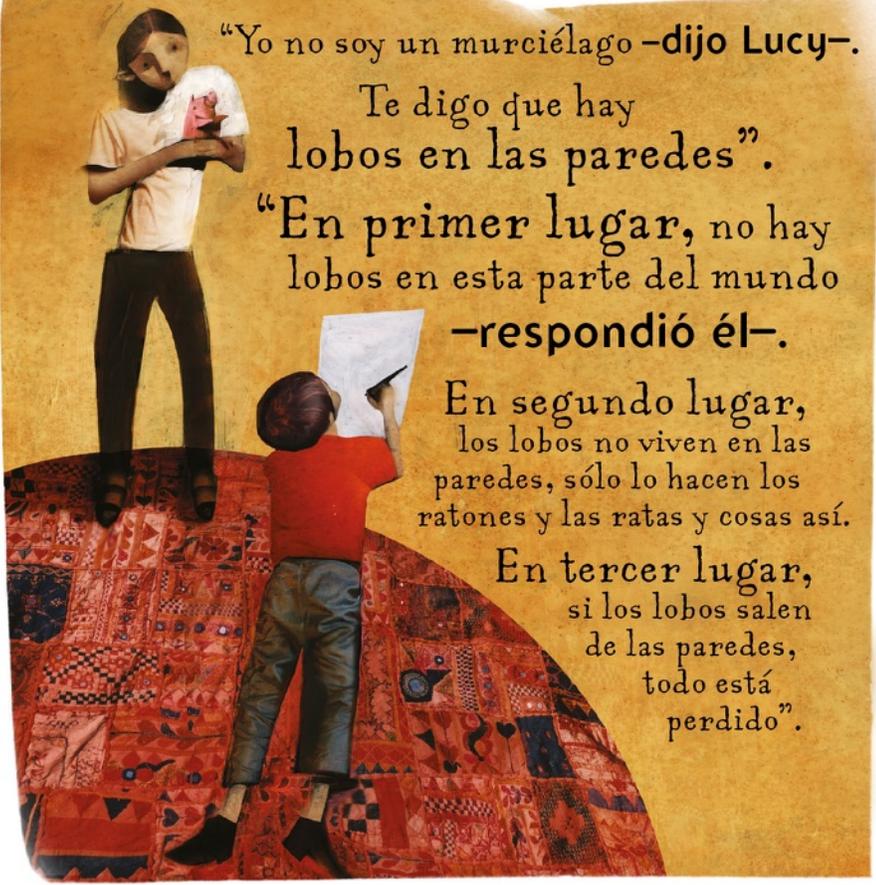




“¿Crees que son murciélagos?”, le preguntó Lucy.

“No
-contestó su hermano-.
¡Creo que tú eres un murciélago!”.

Y se rió mucho rato de su chiste, aunque no era un chiste especialmente bueno.



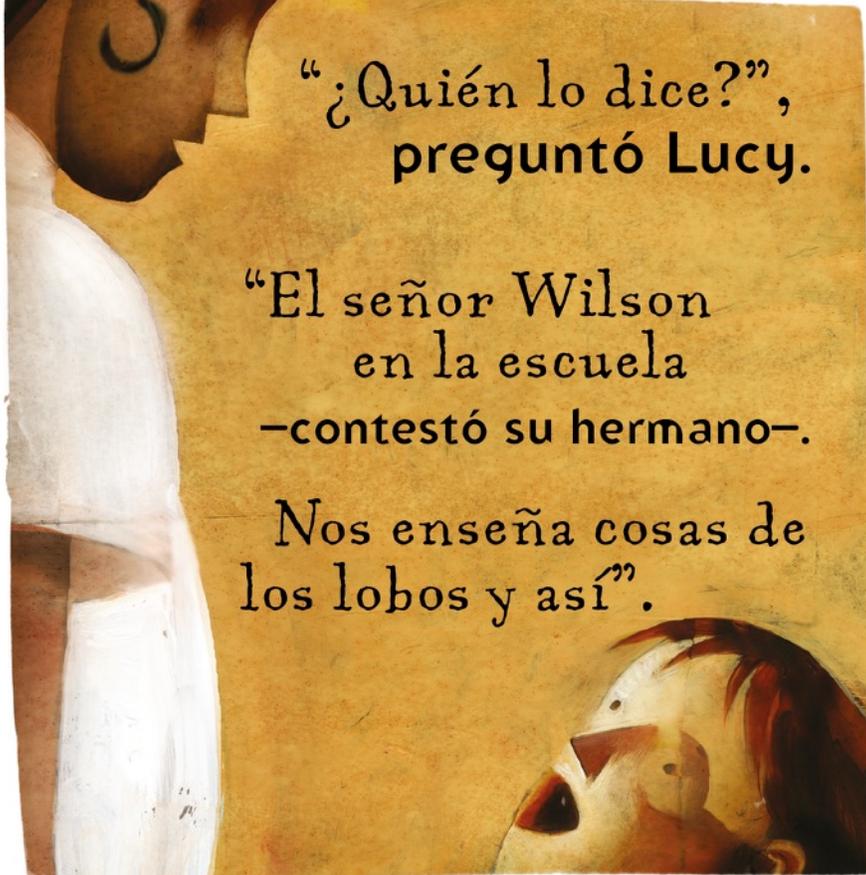
“Yo no soy un murciélago -dijo Lucy-.

Te digo que hay lobos en las paredes”.

“En primer lugar, no hay lobos en esta parte del mundo -respondió él-.

En segundo lugar, los lobos no viven en las paredes, sólo lo hacen los ratones y las ratas y cosas así.

En tercer lugar, si los lobos salen de las paredes, todo está perdido”.



“¿Quién lo dice?”, preguntó Lucy.

“El señor Wilson en la escuela -contestó su hermano-.

Nos enseña cosas de los lobos y así”.



“¿Y él, cómo lo sabe?”, preguntó Lucy.

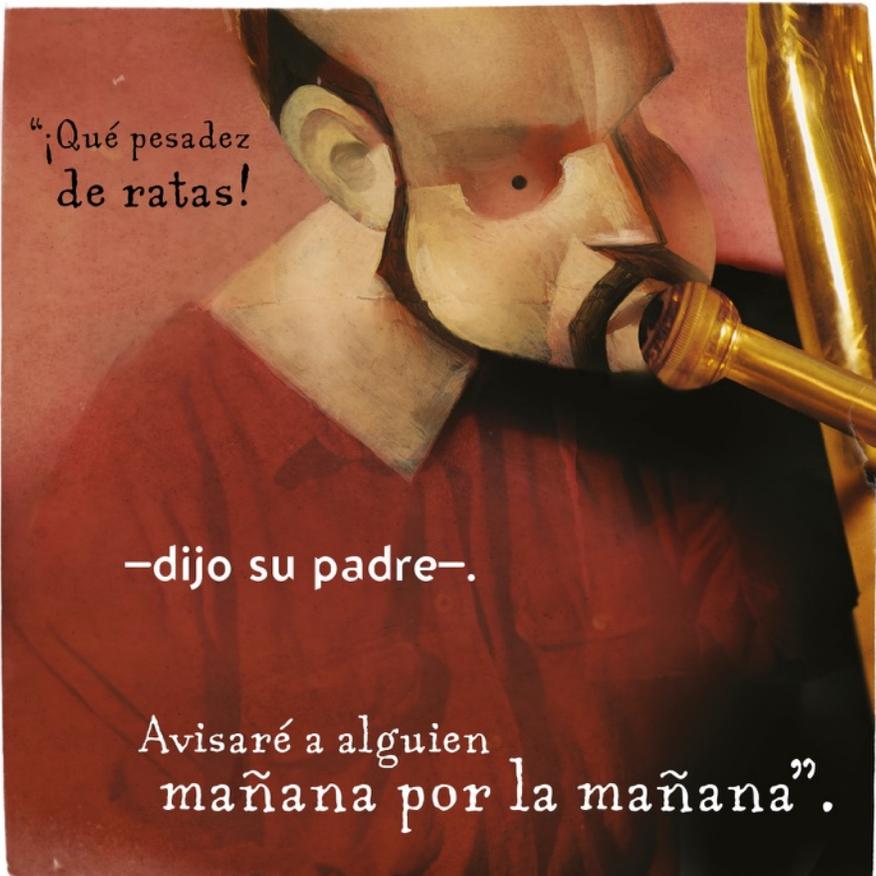
“Todo el mundo lo sabe”, respondió su hermano, y continuó haciendo los deberes.



Al día siguiente
los ruidos eran
más fuertes.

“Tenemos que
hacer algo con
esos ratones”,

dijo su madre.



“¡Qué pesadez
de ratas!

—dijo su padre—.

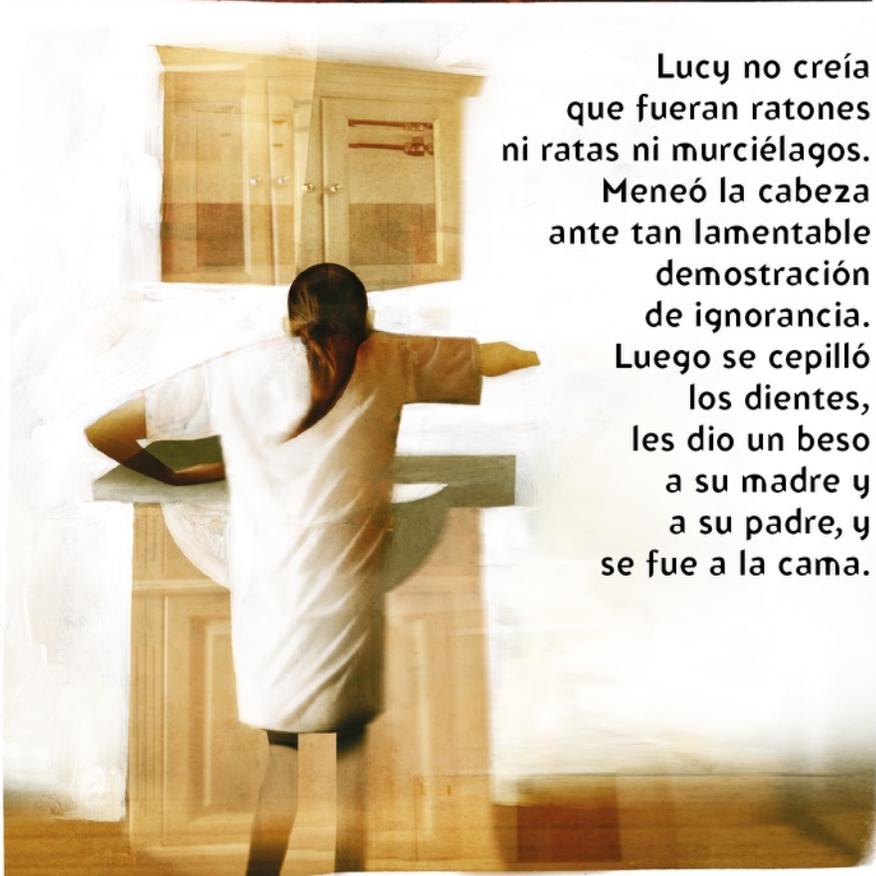
Avisaré a alguien
mañana por la mañana”.



“¡Son murciélagos, seguro que lo son!
—dijo su hermano, contento—.

Procuraré
dormir con el cuello
al aire esta noche
por si uno
de ellos
es un vampiro.

Entonces,
si me muerde,
podré
volar y dormir
en un ataúd
y no tendré
que ir a la escuela
todos los días”.



Lucy no creía
que fueran ratones
ni ratas ni murciélagos.
Meneó la cabeza
ante tan lamentable
demostración
de ignorancia.
Luego se cepilló
los dientes,
les dio un beso
a su madre y
a su padre, y
se fue a la cama.

Esa noche no se oyó ningún ruido en la vieja casa.

“Esto no me gusta
—le dijo Lucy al cerdito—.

¡Hay demasiado silencio!”.

Pero muy pronto cerró los ojos
y enseguida se quedó dormida.

En medio de la noche se oyeron
aullidos y gruñidos, **golpazos**
y **porrazos y...**







**...los lobos
salieron de las
paredes.**